

Egresar durante la pandemia de COVID-19



 Melisa Ailén Roa

Existen pocas cosas que uno se imagina cuando comienza a transitar por el largo camino de la carrera universitaria. Una de ellas, en mi caso, giraba en torno a especulaciones sobre el examen final mediante el cual me iba a recibir. Pensaba que tal vez sería con alguna de esas materias “megaextensas” o de contenidos complicadísimos, las cuales justificaban noches pre-examen sin dormir, junto a compañerxs en alguna casa, o tardes enteras internadxs en la Biblioteca Nacional (ya que la de Puan se encontraba rebalsada de gente en esas épocas del año). Las que además implicaban malabares con los días de estudio pedidos en el trabajo, que de antemano se calculaban para ser combinados en una compleja arquitectura capaz de ensamblarlos con algún feriado puente.

Finalmente ese momento llegó de la mano de otras cuestiones también importantes. Es que, generalmente, todo cierre de etapa también involucra la apertura de otra/s, o al menos eso es lo que “se dice”. Yo particularmente, dejé aquel odioso trabajo en el que pagaban poco pero exigían demasiado y sólo encontraba desmotivación, para poder comenzar a buscar uno que se encuentre más relacionado a lo que me apasiona y tanto estudié durante años, es decir la antropología. También me decidí a mudarme de la casa familiar, pese a millones de inseguridades y dificultades vinculadas a lo económico.

A principios del 2020, año en el que por fin me recibiría, la pandemia comenzó a diseminarse por la Argentina y se determinó el “aislamiento social, preventivo y obligatorio”, también conocido como “cuarentena”. Esto ingresó en nuestras cotidianidades de forma sorpresiva, golpeando las rutinas y arruinando cualquier plan. De un día para el otro las agendas se volvieron totalmente prescindibles, al parecer ya no éramos capaces de planificar nada porque nos inundó la incertidumbre total y todo se comenzó a resolver en el momento. Sin embargo, eso es lo menos problemático.

En nuestro país, que cuenta con su economía devastada, un sistema sanitario “atado con alambres” por culpa del desfinanciamiento crónico y en el que existen realidades tan desiguales, la medida de “aislamiento social” parece acosarnos como la única posible para evitar desastres mayores. Pese a ello, son muchxs lxs que se ven impedidxs de realizarlo por cuestiones relacionadas principalmente a lo económico. El combo se completó con el fortalecimiento de los controles sobre la sociedad y sus consecuentes situaciones de abuso de autoridad, muchas veces tornadas en violencia institucional, que también se multiplicaron.

Como característica constitutiva de este nuevo *hecho social* (Durkheim, 1987) llamado “cuarentena”, la vigilancia prendió incluso entre la propia sociedad civil. Lxs mismxs

vecinxs evalúan y esgrachan a sus pares que no cumplen con el aislamiento correctamente, según quién sabe qué parámetros individuales de evaluación. El panóptico en la sociedad (Foucault, 1975), de esta manera exagerada, pocas veces estuvo tan reactivo. Irónicamente, esto sucede mientras en paralelo se desarrollan algunas manifestaciones de “unidad/solidaridad de la comunidad”, como el caso de los aplausos dirigidos a lxs trabajadorxs de la salud, pese a que ellxs mismxs reclaman justamente un aumento de sus bajos salarios, en vez de aplausos.

Más allá de la discusión a favor o en contra de la “cuarentena”, indudablemente ésta es un privilegio de lxs que podemos resguardarnos; no debemos perder de vista el poder desarticulador de la organización colectiva que ella trae aparejada. La última sigue siendo la única opción disponible para aquellxs que quedaron a la deriva en medio de este desastre. Pese a los parches de subsidios económicos habilitados por el gobierno o las medidas tomadas para limitar a los rancios intereses empresariales, todavía son muchxs lxs que se encuentran en situaciones de extrema vulnerabilidad. Me refiero a aquellxs que son “menos ciudadanxs” (Molina Serra, 2018) que otrxs y que ni siquiera en momentos de “normalidad” gozaban de la plenitud de sus derechos.

Igualmente, lxs que lograron conservar sus empleos y/o los siguen realizando desde sus casas, tampoco están exentos de las situaciones de abusos. Con esto puntualmente quiero decir que la tecnología, que tantas posibilidades brinda a quienes tienen acceso a ella, también habilita a diversas formas de sobreexplotación. Un ejemplo lo encarnan lxs trabajadorxs que actualmente se ven obligadxs a trabajar muchas más horas de las habituales sin una correspondiente suba de sus salarios o mejora en sus condiciones laborales. Esto se combina con las, ya mencionadas, mayores dificultades para establecer algún tipo de reclamo mediante la organización colectiva.

Relacionado al tema de la implementación de medios virtuales para la enseñanza, considero que llegaron para quedarse. En la medida en que constituyan una herramienta didáctica más, es decir que se ponga a disposición otro campo posible para desarrollar la educación, éstos resultarían beneficiosos y enriquecedores. Además, contribuyen a desterritorializar algunas actividades que antes solamente se desplegaban en el aula. Sin embargo, considero que las nuevas tecnologías se vuelven en contra cuando se plantean como reemplazo total de las clases presenciales, ya que la parte “artesanal” del dictar clases no es suplantable mediante la virtualidad. Tampoco se debe ignorar que estas herramientas pueden resultar contraproducentes si se aplican de formas que resulten restrictivas, como es el caso de las limitaciones económicas para su acceso o la escasa/nula preparación con la que cuentan muchxs para manejarlas. Igualmente, comprendo que en este momento los medios virtuales surgieron como un parche para “salvar la cursada”.

Por otro lado, según Svampa (2020), tanto lxs dirigentes de las potencias mundiales como lxs de nuestro país dieron discursos arengando a sus ciudadanxs en la batalla contra un “enemigo invisible” —o conceptualizaciones bélicas similares—. Estos discursos esconden el miedo además de fomentar, más que la solidaridad, la ya referida actitud de vigilancia del “ciudadanx policía”. Sin embargo, la investigadora alerta que hay una cuestión central que no tiene lugar en las agendas políticas y es la verdaderamente urgente. Se refiere a las causas socioambientales de la pandemia:

El discurso bélico confunde y oculta las raíces del problema, atacando el síntoma, pero no las causas profundas de éste, que tienen que ver con el modelo de sociedad instaurado por el capitalismo neoliberal, a través de la expansión de las fronteras de explotación y, en este marco, por la intensificación de los circuitos de intercambio con animales silvestres, que provienen de ecosistemas devastados. (Svampa, 2020: 26)

Creo que queda demostrado lo pobremente adaptado que está el sistema capitalista al ambiente que habitamos, ya que algo como un virus, de escala microscópica y que todavía está en discusión si se considera un ser vivo o no, es capaz de hacerlo tambalear.

En medio de esta desopilante situación, bien caracterizada también como pesadilla para muchísima gente, me toca recibirme. No será con la nota de un final —que en estas circunstancias hubiese rendido virtualmente, supongo— sino con la calificación de una monografía realizada como último trabajo de un seminario. El problema es que los plazos de corrección habituales se extendieron, lo cual es comprensible. En cierta medida, creo que ello demuestra el nivel de saturación de trabajo en el que están inmersxs nuestrxs docentes. De todas formas, aún con aquella monografía ya corregida, también debería esperar a que las calificaciones se pasen a las actas para poder tramitar el título, y muchas de estas tareas administrativas se encuentran suspendidas.

Todo esto no quiere decir que desconozca mi situación privilegiada de poder contar con el apoyo de un entorno familiar que, entre otras cuestiones, me permitió realizar toda una carrera en la universidad —la cual también tengo la suerte de que sea pública—. Sin dudas, gracias a dichos lazos afectivos y su sostén económico, ya que afortunadamente nací en una familia de “clase media”, los efectos directos de la cuarentena en mi vida se traducen en el hartazgo del encierro o ansiedad por la postergación de todos mis planes. Sin embargo, estas cuestiones no me impiden empatizar o dar cuenta de las difícilísimas situaciones por las que transcurren muchísimas personas, y accionar al respecto.

Bibliografía

- » Durkheim, E. (1987). *Las reglas del método sociológico*. Buenos Aires, La Pléyade.
- » Foucault, M. (1975). *Vigilar y castigar. El nacimiento de la prisión*. México, Siglo XXI.
- » Molina Serra, A. (2018). *Esterilizaciones en Perú: control reproductivo desde el poder y las familias indígenas*. Tesis de Doctorado. Barcelona, Universidad Autónoma de Barcelona.
- » Svampa, M. (2020). Reflexiones para un mundo post-coronavirus. Amadeo, P. (ed.), *La fiebre: pensamiento contemporáneo en tiempos de pandemias*. ASPO (Aislamiento Social Preventivo y Obligatorio). En línea: <<https://www.elextremosur.com/files/content/23/23821/la-fiebre-aspo.pdf>>.

La autora

Melisa Ailén Roa

Estudiante de Ciencias Antropológicas en la Facultad de Filosofía y Letras (UBA). Miembro del programa de extensión universitaria “Entramando saberes. Programa de divulgación y comunicación de conocimientos antropológicos” (SEUBE-FFyL-UBA). Miembro del Grupo de Estudios sobre Memorias Alterizadas y Subalternizadas (GEMAS). Adscripta en la materia “Debates y perspectivas críticas sobre pueblos indígenas en Argentina”, de la carrera de Ciencias Antropológicas (FFyL-UBA).